



Acosta, Santiago. "Una economía *mayamera*: petróleo, gasto y consumo en el ocaso de la 'Venezuela saudita'". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2021, vol. 10, n° 21, pp. 117-127.

## Una economía *mayamera*: petróleo, gasto y consumo en el ocaso de la "Venezuela saudita"

A *mayamera* economy: petroleum, expenditure and consumption at the twilight of "Saudi" Venezuela

Santiago Acosta<sup>1</sup>

Recibido: 21/12/2020  
Aceptado: 09/02/2021  
Publicado: 09/03/2021

### Resumen

En este artículo estudio la lógica cultural del gasto a través de un análisis del documental *Mayami nuestro* (1981), de Carlos Oteyza. Propongo que el filme -a contrapelo de la crítica estándar del consumismo de la bonanza petrolera venezolana de los setenta y ochenta- articula la productividad social del derroche como forma de participación en la riqueza natural del país (el petróleo) metabolizada en dinero. Siguiendo a Fernando Coronil, comprendo el nexo entre petróleo, cultura y democracia en Venezuela como un efecto del acuerdo colectivo según el cual la pertenencia a la nación (y la idea misma de democracia) dependen de la propiedad colectiva de las riquezas del subsuelo. La noción de *gasto* de Georges Bataille me permite iluminar el modo en que la clase media venezolana desafió las barreras impuestas por los rangos sociales y la subordinación geopolítica del "tercer mundo". Finalmente, entiendo el dinero del petróleo como una fuerza productora de un espacio global inestable y sujeto a los riesgos y vaivenes de la ecología capitalista. En la última sección

### Abstract

In this article I study the cultural logic of expenditure through a reading of the documentary *Mayami nuestro* (1981) by Carlos Oteyza. I argue that the film -countering the standard criticism of the consumerist boom of the seventies and eighties during the Venezuelan oil bonanza -articulates the social productivity of squandering as a form of participation in the country's natural wealth (petroleum) metabolized into money. Following Fernando Coronil, I understand the nexus between oil, politics, and democracy in Venezuela as an effect of a national agreement according to which national belonging (and the very idea of democracy) depended on the collective ownership of the subsoil. Georges Bataille's notion of expenditure allows me to illuminate the ways in which the Venezuelan middle class challenged the boundaries imposed by social ranks and the geopolitical subordination of the "third world". Lastly, I understand oil-money as a force in the production of a global space that is always unstable and subject to the risks and

<sup>1</sup> PhD en Culturas Latinoamericanas e Ibéricas por Columbia University y profesor del departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Davis. En Caracas fue fundador de la revista de poesía *El Salmón* (Premio Nacional del Libro en 2010). Con su libro de poesía *El próximo desierto* resultó ganador del III Premio de Literatura "Ciudad y Naturaleza" José Emilio Pacheco, otorgado por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y el Museo de Ciencias Ambientales de la Universidad de Guadalajara. Contacto: [sgoacosta@ucdavis.edu](mailto:sgoacosta@ucdavis.edu).



develo aquellos rasgos de *Mayami nuestro* que alertan de los peligros de los sueños insostenibles y las ilusiones del petróleo.

**Palabras clave**

Petróleo; Venezuela; gasto; consumismo; Miami.

fluctuations of the capitalist ecology. In the last section I unveil how *Mayami nuestro* alerts about the dangers of unsustainable dreams and the illusions of oil.

**Keywords**

Petroleum; Venezuela; expenditure; consumerism; Miami.

En la década de 1970, durante el boom petrolero disparado por la crisis energética global de 1973, la emergente clase media en Venezuela alcanzó niveles sin precedentes de acceso a comodidades antes reservadas para las sociedades consumidoras del primer mundo. La cuadruplicación de los precios del petróleo en materia de pocos meses, junto con la nacionalización de las industrias del hierro y de hidrocarburos, permitieron al gobierno nacional incrementar los subsidios y aprovechar nuevas oportunidades internacionales de crédito, convirtiendo a la nación caribeña, en palabras de Terry Lynn Karl, en “el equivalente moderno del sueño de El Dorado” (71). Gracias a una moneda nacional sobrevaluada a una tasa fija de 4,30 bolívares por dólar, los venezolanos de clase media y alta volaban a Miami los fines de semana para hacer compras compulsivas, peregrinar a Disney World o visitar sus propiedades inmobiliarias. Se calcula que 400.000 viajeros al año, más de mil al día, se movían entre Caracas y Miami gracias a dos vuelos comerciales diarios e incontables privados (Fuentes E-15). Solo en 1977 los venezolanos invirtieron unos dos mil trescientos millones de dólares en condominios y casas vacacionales en el sur de Florida (Petras y Morley 14-15). Para Ana Teresa Torres, en esos años “los venezolanos deliramos ante nuestra propia realidad, y todos parecíamos vivir en el *Magic Kingdom*” (Kohut 59). En efecto, Miami se convirtió en el espacio ideal para la liberación explosiva del excedente monetario del país, inaugurando una era de consumismo extremo en la que los venezolanos se dieron a conocer por la frase “¡ta barato, ¡dame dos!”. Si bien el recién electo presidente Carlos Andrés Pérez (1974-79) se comprometía en sus discursos a “manejar la abundancia con criterio de escasez”, en solo cinco años el gasto público fue mayor que el de todos los gobiernos anteriores combinados desde el comienzo del siglo XX (Coronil 286). La administración de Luis Herrera Campins (1979-84), enfrentada a una crisis financiera, se vio forzada a enfriar la economía y, el 18 de febrero de 1983, permitir la devaluación del bolívar en un día fatídico que quedó registrado en la historia como el Viernes Negro. En los años siguientes, el país tendría que lidiar con una recesión económica, altísima inflación y una baja en los precios del petróleo. La década de la “Venezuela saudita” había llegado a su fin.

En este artículo estudio la lógica cultural del gasto a través de un análisis del documental *Mayami nuestro* (1981), de Carlos Oteyza, el cual registra el boom consumista de los venezolanos en Miami durante la “Venezuela saudita” de los años setenta y ochenta. Propongo que el documental articula la productividad social del derroche dentro de una historia de flujos desiguales de recursos, sujetos y dinero que conecta íntimamente a Latinoamérica y los Estados Unidos a través del Caribe. A contrapelo de la crítica estándar del consumismo desbordado de la bonanza, que veía en este fenómeno una suerte de reflejo deformado de la llamada “maldición de los recursos” o “paradoja de la abundancia” de los países petroleros, en *Mayami nuestro* puede observarse cómo los venezolanos, especialmente los de clase media, encontraron en el derroche una forma de participar en la riqueza natural del país (el petróleo) metabolizada en dinero. En mi análisis, la noción de *gasto* de Georges Bataille (entendida como un aspecto

fundamental de la creación del valor en el capitalismo) permite iluminar cómo el espectáculo del despilfarro –y no solamente el del *consumo*– posibilitó a la clase media desafiar las barreras impuestas por los rangos sociales y la subordinación geopolítica del “tercer mundo”. Mi comprensión del nexo entre petróleo, cultura y democracia en Venezuela se fundamenta en el pensamiento de Fernando Coronil, quien describió en *El Estado mágico* el acuerdo colectivo según el cual la pertenencia a la nación (y la idea misma de democracia) se fundamentaba en la propiedad colectiva de las riquezas del subsuelo (96, 111). Finalmente, en las páginas que siguen busco entender el dinero del petróleo como una fuerza material productora de un espacio global profundamente inestable y siempre sujeto a los riesgos y vaivenes de la ecología capitalista global. Por ello, en la última sección del artículo develo aquellas señales cuidadosamente insertadas por Oteyza en *Mayami nuestro* para alertar acerca de los peligros de los sueños insostenibles y las ilusiones del petróleo.

### El espectáculo social del despilfarro

El boom petrolero venezolano transformó a Miami. Si en los años cincuenta y sesenta la mayor parte del capital de la ciudad provenía de visitantes y migrantes del norte de Estados Unidos que llegaban a la cálida Florida a retirarse o pasar el invierno, a partir de los setenta comienzan a ser los turistas latinoamericanos (y en particular los venezolanos con sus bolívares sobrevaluados) una de las mayores fuentes de ingresos de la ciudad (Rieff 66). Si bien los venezolanos no sobresalieron como grupo demográfico significativo hasta la década de 1990, su dinero fue una de las mayores fuentes de ingresos extranjeros en Florida durante la década de 1970 y principios de la de 1980 (Wilkins 163). ¿De dónde salía tanto dinero y por qué aparecía en Miami? La riqueza del boom petrolero de los años setenta amenazaba a Venezuela con lo que David Harvey llama una “crisis de la sobreacumulación”, la cual se produce cuando un excedente de capital no encuentra manera de ser reinvertido para seguir alimentando el crecimiento de una economía nacional (4, 201). En Venezuela, la incapacidad de desarrollar otros sectores de la producción (y de la exportación) además del petróleo, provocó una sobrecarga y luego una fuga de buena parte de esta riqueza hacia Miami, donde contribuyó a que esta alcanzara por primera vez el estatus de “ciudad global”. El tamaño de estas y otras inversiones hizo del dinero venezolano un poderoso motor detrás del ascenso de Miami al centro de lo que Ramón Grosfoguel llama el “sistema de ciudades del Caribe”, una división regional del trabajo basada en el movimiento de capital, materias primas y personas a lo largo y ancho la cuenca caribeña (156).

El documental *Mayami nuestro*, realizado por Carlos Oteyza en 1980 y estrenado en 1981, muestra este fenómeno en todo su apogeo.<sup>2</sup> Filmado en lugares marcados por la intensa circulación de mercancías, gente y dinero, el corto de 34 minutos le sigue la pista a masas de turistas venezolanos que van de compras a Miami en el pico de la temporada navideña, hacen viajes familiares a Walt Disney World y disfrutan de momentos de ocio en los suburbios de Florida. En las escenas iniciales, una familia de clase media carga su equipaje en un auto decorado con personajes de Disney en la ventana trasera y se dirige al aeropuerto. Mientras atraviesan Caracas, pasando junto a edificios nuevos y barrios pobres en expansión, escuchamos la voz de un actor de radionovela: “¿Adónde han ido?, ¿por qué han huido? ¡Maldito petróleo!,

<sup>2</sup> Estrenado en junio de 1981, *Mayami nuestro* es parte de una colaboración filmica con otros dos directores venezolanos. La trilogía, titulada *La propia gente*, también incluyó los cortos *El afinque de Marín* de Jacobo Penzo, sobre los músicos del Grupo Madera, y *Yo hablo a Caracas* de Carlos Aizpúrua, que registra la lucha del chamán y líder político Yekuana Barné Yavari. *Mayami nuestro* es también la cuarta entrega de una serie de documentales de Oteyza acerca de pueblos venezolanos, incluyendo *Cúa* (1978), *Chua* (1979) y *Santa Elena de Uairén* (1980), lo que sugiere la idea de que ya a finales de los años setenta Miami se había convertido en otro pueblo venezolano.

¡maldito mil veces! ¿Para dónde han ido?” (00:01:40-02:00). Como para responder a estas preguntas, la secuencia corta bruscamente a un montaje de turistas venezolanos haciendo fila en el concurrido Aeropuerto Internacional de Maiquetía, cerca de Caracas, explicando a la cámara que están a punto de subirse a un avión camino a Miami. Esta estructura de llamada-respuesta apunta a una serie de significados relacionados con el vaciamiento de recursos y sujetos de la nación, entendido como parte de los impactos culturales negativos de la riqueza fácil y la abundancia petrolera. No obstante, veremos cómo la indagación de Oteyza descubre otras consecuencias de esta “fuga” que tendrán efectos inesperados tanto para Florida como para Venezuela. El petróleo, aunque corre a través de todo el documental como un hilo conductor, no hará otra aparición explícita (y crucial) hasta las últimas escenas.



Figura 1. Imágenes de *Mayami nuestro* (1981), dirigido por Carlos Oteyza.

*Mayami nuestro* se constituye a partir de breves conversaciones en las que el director realiza la misma pregunta: “¿Qué hace un venezolano en Miami?”. En las escenas iniciales del aeropuerto, la multitud mira orgullosamente a la cámara relatando sus actividades y propiedades en Florida. En las tomas siguientes, el documental transita del aeropuerto a las calles de Miami para mostrarlos comprando ropa, calzado, souvenirs, televisores, bicicletas, muñecos de Mickey Mouse y, finalmente, luchando por cerrar una maleta de auto repleta de mercancías recién compradas (Figura 1). La siguiente sección del documental se compone de una serie de entrevistas con trabajadores de Miami. Un encargado de una tienda describe a Venezuela como “el país número uno como cliente de Miami” (00:09:08-12). Una trabajadora de una boutique afirma: “Los clientes venezolanos son los mejores *customers* que tenemos aquí ahora” (00:08:30-33). Una vendedora de globos explica que los venezolanos parecen no interesarse por el precio de las cosas: “en realidad no les interesa la plata... nunca preguntan cuánto vale esto, ellos siempre dicen ‘yo quiero esto’” (00:10:20-30). Un turista venezolano que paga en una tienda, con el rostro iluminado de alegría, mira a la cámara y dice: “Tengo aquí tres días ya, ¡gastando real!” (00:09:19-24). Circulando por los distritos comerciales, parques de atracciones, hoteles y casinos de Miami, los venezolanos son representados como la manifestación misma del dinero del petróleo en forma humana. Pero este dinero, al menos durante la primera parte del documental, parece desperdiciarse en la adquisición aparentemente

ilimitada de mercancías y placeres pasajeros.

En contraste con la secuencia inicial, en la que se evidencia la desigualdad social en los barrios pobres que crecen junto a autopistas y edificios residenciales en Caracas, Miami aparece como un espacio ordenado y aséptico donde todo funciona bien. No hay barrios a la vista, las calles están limpias, son seguras y nadie se salta un semáforo en rojo. En una escena, un venezolano que juega al tenis se refiere a Miami como “otra dimensión” (00:13:36-40). Como explicaba el mismo Oteyza poco antes del estreno del documental: “Miami es todo lo que la clase media quisiera tener en Venezuela. El sueño prometido por los medios de comunicación, la gran vitrina del consumo donde la poceta sirve, la ducha sirve, los teléfonos sirven, y todo es limpio” (Fuentes E-15). La cima de este ideal aséptico aparece cuando la multitud venezolana hace su entrada en Walt Disney World. En este espacio incluso el clima es neutro, como señala una visitante: “la temperatura está divina, ni muy frío ni mucho calor” (00:22:08-12). Otra mujer dice: “me siento chiquitica, como una bebé, jugando. Y pierdo la noción del tiempo, de la hora, de todo. Súper contenta, vacía” (00:20:12-24). La ubicación de este testimonio particular, justo después de las imágenes en tiendas y almacenes, sugiere que los propios venezolanos de hecho se han vaciado y convertido en simple moneda ambulante. Las entrevistas a turistas circulantes se alternan con tomas de dinero pasando de mano en mano, visitantes que consumen grandes cantidades de comida, personajes de Disney que entretienen a los niños y personal de limpieza trabajando sin descanso. Como para reforzar el tema de la esterilidad adormecedora del parque, la cámara se fija por varios segundos en los barrenderos que, vestidos de blanco impecable, remueven rápidamente de la vista todos los desechos que dejan los turistas.

Como argumenta el antropólogo Stephen M. Fjellman en su estudio *Vinyl Leaves*, el éxito de Walt Disney World como “el principal centro de peregrinaje de clase media en los Estados Unidos” podría explicarse en gran medida por la forma en que sus “aspectos utópicos apelan fuertemente a las necesidades de la gente real en la sociedad capitalista tardía” (10). Entre estos aspectos –continúa Fjellman– se encuentra la experiencia sensorial de encontrarse envuelto por una mezcla de arquitectura, arte, sonidos y olores que funciona como “un antídoto para la vida cotidiana”, normalmente definida por la alienación y “la ley de la mercancía” (11). A su vez, explica Fjellman, la compañía “produce, empaqueta y vende estas experiencias [utópicas] como mercancías” (11). Para los venezolanos, como muestra Oteyza, una parte importante de este tipo de experiencias idealizadas consistía simplemente en tener acceso al estilo de vida de la clase media estadounidense, comparativamente mucho más rica que su contraparte venezolana.

La propuesta de Oteyza es sutil, pero identificable. Cuando el director incluye una entrevista a una familia de Portuguesa, un estado “llanero” y mayormente agrario, está apelando a la capacidad del espectador venezolano de maravillarse ante el nuevo campo transnacional del que ahora disponen los sujetos de la nación. Asimismo, la posibilidad de que los venezolanos sean recibidos como habitantes de un “país número uno” produce una suerte de inversión carnavalesca donde ahora son los *gringos* quienes están al servicio de los viajeros provenientes del “tercer mundo”. De manera que, a diferencia de lo que afirma Fjellman en el caso de Estados Unidos, el efecto democratizador de esta inversión utópica estaba fundamentado en cómo la propia cultura consumista que define espacios como Miami o Disney World, donde todo se rige por la lógica igualitaria de la mercancía (incluyendo las personas), era capaz de liberar a los venezolanos, al menos de manera ilusoria y temporal, de las restricciones de su rango social. En otras palabras, era en la inmersión hacia dentro de la “ley de la mercancía”, y no en su suspensión por el ambiente de Disney, donde radicaba el carácter emancipador de la experiencia *mayamera*.

## La productividad del gasto: consumo, democracia y naturaleza

No obstante, la lectura que ha prevalecido en la crítica cultural venezolana es la de cierta crítica que ve en “la borrachera de consumismo” de los setenta (Caballero 77) el reflejo de un rasgo inherente a la venezolanidad: un vacío esencial que siempre se ha pretendido llenar con mercancías e identidades importadas. Para Elisa Lerner, por ejemplo, Venezuela “se olvidó de sí misma en la distracción de Miami” (18) y, así como dos décadas antes había asumido el “mimético reflejo de lo que había acontecido en la Cuba de Fidel Castro” (aludiendo a la insurgencia armada de los años sesenta), más tarde, en los setenta, “las volátiles entregas del mimetismo” la llevaron al “nuevorriquismo cultural”, al país pantallero y poco introspectivo que estuvo a punto de venderle su alma a Miami” (9). Visto así, *imitar* ha sido la principal motivación tanto política como cultural del venezolano. De ahí que no pueda escapar a su compulsión importadora y consumista aprendida de los vecinos del Norte. Desde esta perspectiva, la debacle del Viernes Negro (la gran devaluación y colapso económico de febrero de 1983) no puede ser entendida sino como la expulsión de un falso Paraíso o el despertar doloroso del sueño de una modernidad que la sociedad venezolana *no se merecía* por causa de algún pecado fundamental (esto es, el pecado de la “riqueza fácil” y sin-trabajo del petróleo).

Independientemente de si puede haber un rastro de verdad en las observaciones de Lerner, la estructura de su argumento depende demasiado de su paralelismo con la tendencia histórica de la economía venezolana a depender de las importaciones en detrimento de la productividad nacional (Coronil 187-190; Briceño-León, “Petroleum Democracy”). La postura de Lerner interpreta como un defecto individual una característica de las sociedades exportadoras de naturaleza, subsumiendo así una realidad económica global a una supuesta desviación de una identidad nacional esencial. Adicionalmente, Lerner asume que el consumo desenfrenado conduce necesariamente a un callejón sin salida en la circulación del capital (porque la riqueza se “desperdicia”), lo cual olvida que la mayor parte del dinero gastado por los venezolanos en Miami, como muestra el documental de Oteyza, se destinó a inversiones de gran escala en la industria inmobiliaria y el sector financiero, entre otros, todo lo cual tuvo una influencia significativa en el desarrollo urbano de Florida y la expansión del capitalismo en todo el sistema de ciudades del Caribe a partir de los años setenta.

Oteyza podía haberse limitado a la manida crítica moralista del consumismo, manteniéndose en sintonía con Lerner y otros intelectuales venezolanos de los ochenta y noventa. Sin embargo, *Mayami nuestro* ofrece una visión del lado oculto del boom consumista para mostrar que el nexo entre Venezuela y Miami era mucho más que el fenómeno superficial de la dilapidación del excedente monetario nacional. En la segunda mitad del documental, una serie de entrevistas con personajes del gobierno y la empresa privada de Florida revelan las dimensiones de la inversión venezolana en la región. Un miembro de la Cámara de Comercio de Miami dice: “el mercado venezolano es el que en realidad ha hecho el centro de Miami” y explica que la inversión venezolana ha expandido la industria hotelera, creado nuevos centros comerciales y edificios de apartamentos (00:11:18-20). La historiadora Mira Wilkins, autora del estudio *Foreign Enterprise in Florida*, también ha demostrado que las inversiones de mayor escala hechas por venezolanos durante los setenta no fueron en lujos pasajeros, ropa o electrodomésticos, sino en tierras (2,628 acres; 10,6 km<sup>2</sup> de tierras para cultivo y pastos eran propiedad de venezolanos en 1979), bancos (Caribbean National Bank, First National Bank of Greater Miami, Dania Bank) y bienes inmuebles. Los viajeros del documental no son, entonces, sino un síntoma superficial de una transformación más profunda en el capitalismo fósil venezolano, que en esta época comienza a tener mayor influencia en la producción del espacio y las relaciones entre la sociedad y las riquezas del subsuelo más allá de las fronteras nacionales.

Al trascender la crítica estándar del boom consumista, *Mayami nuestro* evidencia que el gasto de los venezolanos en Miami no era del todo inútil, sino que funcionó como una válvula

de escape para una economía saturada de petrodólares. La visión estrictamente negativa de Lerner sobre el consumo ofrece solo una visión parcial y demasiado *nacional* de un proceso más amplio a través del cual se reproducen las relaciones capitalistas y, como diría Néstor García Canclini, toda una racionalidad económica y sociopolítica a través de la cual la sociedad se organiza y se reproduce (43). Por el contrario, la película de Oteyza muestra un tipo de derroche que funciona como base de un proceso de cohesión social. Es así como en *Mayami nuestro* este tipo de espectáculo del gasto –visible todo en las compras compulsivas de la primera sección– puede entenderse como un proceso sociocultural a través del cual la clase media venezolana emergente logró reclamar nuevos grados de participación en un espacio transnacional que previamente no estaba disponible. La moneda nacional sobrevaluada abrió una oportunidad que los venezolanos aprovecharon no solo para adquirir mercancías superfluas, sino también para negociar un horizonte más favorable tanto en la jerarquía social como en la geopolítica cultural del capitalismo.

Inspirado por la teoría del potlatch de Marcel Mauss, Bataille entendió el despilfarro conspicuo como un medio para adquirir distinción y dominio simbólico, porque quien regala “se enriquece de indiferencia hacia las riquezas” (*The Accursed* 69). Igualmente, dice Bataille que es el sacrificio (de energía o de dinero) lo que está en la base de las operaciones que contribuyen a cargar de valor a aquello que se convierte en objeto del consumo y del gasto: “No basta con que las joyas sean bellas y deslumbrantes... El sacrificio de una fortuna, en lugar de la cual se ha preferido un collar de diamantes, es lo que constituye el carácter fascinante [es decir, el valor] de dicho objeto” (“La noción de gasto” 28). En este sentido, el despilfarro no equivale a desperdicio, sino que funciona para reforzar la dominación social entre grupos gracias al espectáculo del gasto “desinteresado”. Es por ello que Lerner y otros intelectuales venezolanos reaccionaron al “nuevorriquismo cultural” y al “arribismo”; precisamente porque tal irrupción del dinero y el gasto conspicuo cambiaba el panorama social de la Venezuela anterior al boom petrolero (9). Para colmo de males, señalaba Lerner, Caracas había recibido una “avalancha poblacional” que era “excesiva en número”, “irritante”, “no siempre calificada” y que había “resentido el proceso de la educación primaria” (9). Haciendo las veces de válvula de escape para una economía sobrecalentada, los venezolanos *mayameros* fueron también los chivos expiatorios de la debacle que se produjo con el cierre de la bonanza en 1983. No obstante, solo reclamaban espacios de pertenencia a la nación (y a las riquezas de su subsuelo metabolizadas en dinero) dentro de un boom económico que se percibía como la realización del destino del país y como la consolidación final de la democracia petrolera.

Como demostró Fernando Coronil en *El Estado mágico*, la principal narrativa cohesionada en Venezuela desde el nacimiento de la democracia petrolera se basó en el acuerdo colectivo de que sus ciudadanos eran “miembros de una comunidad nacional sustentada por la propiedad colectiva del subsuelo común” (111). De esta manera, como señala Coronil, “la democracia pasó a significar un sistema de participación popular no solo en la vida política nacional sino también en la riqueza natural de la nación” (96). Partiendo de las ideas de Coronil, podríamos plantear la noción de que, durante el auge de los años 70 y principios de los 80, a medida que el petróleo se metabolizaba cada vez más rápidamente en petrodólares, la relación entre el petróleo y la democracia llegó a estar determinada por el grado de acceso a las rentas petroleras que circulaban a través del cuerpo social, es decir, por la relación entre los ciudadanos y la riqueza natural de la nación mediada por el petróleo-como-dinero. Al capturar una parte de la renta del petróleo circulante y gastarla en la compra de mercancías, los venezolanos pudieron afirmar su pertenencia a una comunidad basada en el poder de transformar la riqueza natural en dinero. Teniendo estas observaciones en cuenta, el boom consumista aparece como un nuevo proceso sociocultural por el cual los venezolanos participaron en el *botín* de las riquezas naturales del país y, por lo tanto, en la propia sustancia de la democracia petrolera.

## Adiós bonanza: La nostalgia de los sueños insostenibles

En el marco de las crisis económicas y políticas vividas en Venezuela en las últimas dos décadas, el documental de Oteyza ha adquirido estatus de clásico de culto. Disponible de manera gratuita en YouTube, resurge en línea periódicamente en redes sociales, evocando incómodos recuerdos de una era de gastos irresponsables o, con mayor frecuencia, nostalgia por un pasado glorioso de libertades económicas y consumo ilimitado.<sup>3</sup> Sin embargo, los nostálgicos pasarían por alto detalles importantes de la película que sugieren temas de vulnerabilidad, debilidad y subordinación económica. Por ejemplo, durante una entrevista con un botones cubano que ensalza las cualidades de los compradores venezolanos, la cámara se desplaza hacia sus pies para revelar cómo uno de sus calcetines se ha resbalado hasta el tobillo (00:15:45-58). El efecto cómico de la toma es sutil, de modo de no interferir con la intención realista del documental. Sin embargo, como señala el crítico Julio Miranda, es el único momento en que el filme abiertamente se burla de uno de sus sujetos (*Cine y poder* 50). El resto de los entrevistados, como sostiene Miranda, probablemente no tendrían reparos acerca de sus gestos y palabras (49).

Durante otra entrevista a un padre de familia que visita Disney World, la cámara se acerca por un momento para mostrar un vendaje alrededor de su rodilla izquierda (00:21:15-22). El sombrero de pescador, la camiseta ajustada, la barriga abultada y la videocámara que sobresale torpemente de una bolsa de cuero cruzada casi lo convierten en la caricatura del documentalista, el anverso torpe y débil del propio Oteyza. Lejos de ser detalles superficiales, la rusticidad humorística del botones y la vulnerabilidad física del padre pueden verse como signos cuidadosamente colocados que insinúan los cimientos inestables del espectáculo económico y social que tiene lugar en Miami. En otras palabras, son parte de un dispositivo visual narrativo que sugiere un posible talón de Aquiles de la bonanza petrolera, incluso si este solo podía sospecharse en el año del documental. Mientras que el botones ya no puede ser visto como parte de una maquinaria de crecimiento capitalista todopoderosa, el padre parece un hombre ordinario, falible y carente de autoridad simbólica. Es así como estos momentos de la película problematizan la misma narrativa que coloca a los venezolanos en una posición favorable de poder durante el boom consumista, enmarcándolos más bien dentro de una historia contradictoria que oscila, como un péndulo, entre abundancia y crisis, soberanía y vulnerabilidad.

<sup>3</sup> Un ejemplo reciente es la rutina de stand up del comediante George Harris, quien se refiere a la película de Oteyza como evidencia de que los venezolanos alguna vez fueron “los niños ricos de América Latina”. Según Harris, las cosas empezaron a ir mal cuando los venezolanos permitieron demasiados inmigrantes de otros países latinoamericanos como Ecuador y Colombia, que luego pasaron a “mezclarse” con ellos (Harris, 00:05:00-06:30).





Figura 2. Imágenes de *Mayami nuestro* (1981), dirigido por Carlos Oteyza.

En la última e hipnótica sección de *Mayami nuestro*, estos significados pasan a primer plano a medida que una serie de entrevistas con propietarios de bancos, desarrolladores de bienes raíces y un miembro de la cámara de comercio se alternan con el monólogo de una trabajadora sexual estadounidense. Mientras que los hombres parecen medir nerviosamente sus palabras al invitar a más consumidores venezolanos a seguir gastando su dinero en Miami, la rubia afirma: “I love Venezuelan men because they spend so much money. They have so much money, almost incredible, the type of money they just throw away. And, to me, it’s like taking candy from a baby!” (“Adoro a los hombres venezolanos porque gastan mucho dinero. ¡Es increíble el dinero que tienen y cómo lo derrochan! Y para mí, quitarles el dinero es lo más fácil del mundo”) (00:27:07-29) (Figura 2). La implicación, desde luego, es que la mujer dice lo que los empresarios de Miami *realmente quieren decir*: los modales relajados y expresiones francas de la mujer desnudan la verdad del crudo intercambio económico. Hacia el final de la secuencia, un investigador de la Universidad Internacional de Florida comenta: “We are watching the economic and political developments in Venezuela very closely and hope that the economic growth that has been projected will be achieved, huh, so that we can benefit from that growth as well” (“Estamos siguiendo los desarrollos económicos y políticos en Venezuela muy de cerca y esperamos que el crecimiento económico que se ha proyectado se consiga, eh, para que nosotros podamos beneficiarnos de ese crecimiento también”) (00:29:42-30:03). Un fotograma congelado de la sonrisa torcida del académico se disuelve en imágenes de venezolanos que dejan Miami, abordando un crucero y llegando al aeropuerto cargados de cajas y maletas llenas de mercancía. Mientras la rubia le lanza besos a la cámara y grita: “Venezuela, I love you!”, las imágenes en cámara lenta de los viajeros que regresan se disuelven contra una secuencia en la que un balancín de petróleo parece descomponerse y detenerse por completo ante una puesta de sol que sirve como telón de fondo (00:31:55-32:50).

En la Venezuela del boom petrolero, la riqueza natural parecía infinita, siempre lista para ser reciclada, multiplicada mágicamente y distribuida entre los venezolanos. Como demostró la historia, este sueño de renovabilidad sin límites era insostenible. La crisis de 1983 les enseñó a los venezolanos que, así como el petróleo no era una fuente de energía renovable,

el dinero del petróleo no era una fuente infinita de bienestar. Ahí yace el profundo impacto simbólico que tuvo el Viernes Negro en la sociedad y la política venezolanas durante las décadas siguientes. Pero si consideramos cómo utiliza Oteyza las dos únicas referencias explícitas al petróleo que hay en la película para cerrar su historia, mostrándolo brevemente al principio y al cierre, las imágenes finales adquieren un significado que va más allá del petróleo mismo. Es decir, la abundancia petrolera es un hecho que condiciona los sucesos, señalando su principio y su final, pero no es la historia completa. Como diría Coronil, en Venezuela los efectos del petróleo son más extendidos no como petróleo, sino como una serie de relaciones basadas en el valor de cambio de la naturaleza (110). Con la yuxtaposición del balancín agonizante y la puesta de sol, el fin del boom petrolero parece el fin inevitable de un ciclo natural, prácticamente el final de la disponibilidad misma de energía gratuita. En referencia explícita al imaginario del fin del petróleo (*peak oil*), tan popular en los años 70, la imagen reconcilia la escasez y la abundancia en una relación de coproducción, donde las fluctuaciones de abundancia en un extremo de la ecología capitalista producen escasez en algún otro lugar (y otro tiempo). En otras palabras, el balancín, su movimiento pendular, significa no solamente el “fin” de la sustancia llamada petróleo, sino la crisis de un tipo de vida siempre encadenada a los ciclos de la abundancia, el gasto y la escasez. Más que un simple llamado de atención sobre el fin inminente de la bonanza, *Mayami nuestro* vaticina la crisis de las relaciones entre la sociedad venezolana y la naturaleza, y entre la sociedad y el estado, mediadas por el dinero del petróleo. Al contrario que las posturas moralistas e individualistas de intelectuales como Lerner, Oteyza entiende los límites de la bonanza no como una oposición externa a la expansión del capitalismo (por la naturaleza o la *hybris* humana), sino como limitaciones internas de un modo de vida alimentado por el petróleo y movilizado por la reproducción sin límites del capital.

Centrarse únicamente en el consumo individual del turista medio en Miami no es sino interpretar una dinámica del capital como si en efecto fuera una falla del espíritu, reduciendo e introyectando la economía global a una dimensión moral individual o a la responsabilidad de un petroestado aparentemente “indigestado” por el boom de los ingresos petroleros. Esto significa que los turistas venezolanos de la época del “ta barato, ¡dame dos!” fueron —como ya he afirmado— los síntomas superficiales de una transformación más profunda y amplia, relacionada con la aparición de un espacio transnacional de circulación del capital en el que Venezuela cumplió un papel fundamental. Este ya no parece ser un espacio definido solo por relaciones verticales de poder, en las que unas naciones son “colonizadas” cultural y económicamente por otras más fuertes. La relación entre Venezuela y Miami, tal como se consolida en la década de 1970, se puede leer como un ejemplo de la manera en que el capitalismo fósil, funcionando en una dimensión supranacional, transforma y conquista espacios formando conglomerados horizontales entre zonas geográficas por donde el capital es capaz de circular libremente.

El “gasto improductivo” representa en este esquema un momento necesario que no solamente ayuda a superar la crisis de la sobreacumulación de los setenta, sino que además completa un ciclo de reproducción del capital que integra a Venezuela (su economía, pero también su cultura y sus sujetos) a un sistema cada vez más global fundamentado en el reciclaje y circulación del petrodólar. La bonanza de los setenta, generada por un excedente de riqueza que no fue reinvertido en el país, generó así una fuga, un imperativo de gasto exógeno y de vaciamiento de un sistema económico sobrecargado. Así como, para Bataille, es el sacrificio lo que constituye el valor de un objeto de consumo (por ejemplo, las joyas en la que se ha dilapidado una fortuna), de la misma manera es el gasto la fuerza que impulsa y carga de sentido la circulación del capital y la producción del espacio en el capitalismo. Siguiendo a Bataille, puede entenderse ese gasto improductivo como uno de los fundamentos de las relaciones de intercambio y de producción en la sociedad capitalista y al mismo tiempo como un fenómeno regulador de los excesos de riqueza y de energía dentro del cuerpo social. Desde esta

perspectiva, la clave del icónico “ta barato, ¡dame dos!” no estaría en el imperativo consumista del “dame” ni en la distorsión económica del “ta barato”, sino en el “dos”, es decir, en la urgencia de *gastar el doble*. Una “economía *mayamera*” es, entonces, una economía referida a la urgencia del gasto, de la descarga a través de la cual un régimen de energía —en este caso, el régimen de la energía fósil— busca y logra expandirse. Toda la economía de estos años es, en este sentido, una economía *mayamera*, en tanto que está impulsada por el imperativo de dilapidar un excedente para continuar alimentando la expansión global y globalizadora del sistema circulatorio del capital.

### Obras citadas

- Bataille, Georges. “La noción de gasto.” *La parte maldita, precedida de La noción de gasto*, traducido por Francisco Muñoz de Escalona, Icaria, 1987, pp. 25-43.
- \_\_\_\_\_. *The Accursed Share Volume I*. Zone Books, 1991.
- Briceño-León, Roberto. “Petroleum and Democracy in Venezuela.” *Social Forces*, vol. 84, n.º 1, septiembre de 2005, pp. 1-23.
- Caballero, Manuel. *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*. 2nd ed., Alfadil, 2003.
- Coronil, Fernando. *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*. U of Chicago P, 1997.
- Fjellman, Stephen M. *Vinyl Leaves: Walt Disney World and America*. Westview P, 1992.
- Fuentes, Elizabeth. “No importa donde se nace, lo que importa es donde se compra.” *El Nacional*, el 19 de octubre de 1980, p. E-15.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, 1995.
- Grosfoguel, Ramon. “Global Logics in the Caribbean City System: The Case of Miami.” *World Cities in a World-System*, editado por Paul L. Knox y Peter J. Taylor, Cambridge UP, 1995, pp. 156-70.
- Harris, George. “El Show de GH 3 de Oct 2019 Parte 1.” *YouTube*, uploaded by El George Harris, 7 de octubre de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=8rcAeRYdjU8>.
- Harvey, David. *The Urbanization of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Johns Hopkins UP, 1985.
- Karl, Terry Lynn. *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States*. U of California P, 1997.
- Kohut, Karl (ed.). *Literatura venezolana hoy: Historia nacional y presente urbano*. Frankfurt / Main / Fondo Editorial Humanidades y Educación / Vicerrectorado Académico Universidad Central de Venezuela, 2004.
- Lerner, Elisa. “Venezolanos de hoy en día: Del silencio posgomecista al ruido mayamero.” *El caso Venezuela: Una ilusión de armonía*, editado por Moisés Naím y Ramón Piñango, IESA, 1995, pp. 2-18.
- Mayami nuestro*. Dirigido por Carlos Oteyza, 1981.
- Miranda, Julio E. *Cine y poder en Venezuela*. Universidad de los Andes, Consejo de Publicaciones, Librería Universitaria, 1982.
- Petras, James F., y Morris H. Morley. “Petrodollars and the State: The Failure of State Capitalist Development in Venezuela.” *Third World Quarterly*, vol. 5, n.º 1, enero de 1983, pp. 7-27.
- Wilkins, Mira. *Foreign Enterprise in Florida: The Impact of Non-U. S. Direct Investment*. U Presses of Florida, 1979.